
¿ES POSIBLE LA PAZ?

Será posible la paz en este mundo?, me preguntaba el 11-M cuando veía horroizado en la pantalla del televisor los dramáticos efectos de las mochilas que depositaron en los trenes de cercanías de Madrid los terroristas de Al-Qaeda o de lo que sea. El hecho es que los que iban a ser víctimas de la masacre posiblemente creían vivir en un mundo en paz, al menos por el momento, cuando se instalaron en la madrugada de ese día en los vagones que unos minutos después saltarían por los aires.

Dada la magnitud de la masacre hay que reconocer que es más propio de un acto de guerra que de un atentado terrorista. Un acto de una guerra que comenzó el 11-S, cuando los terroristas fanáticos islámicos secuestraron tres aviones civiles repletos de pasajeros para estrellarlos contra otros tantos edificios emblemáticos del poder de los Estados Unidos.

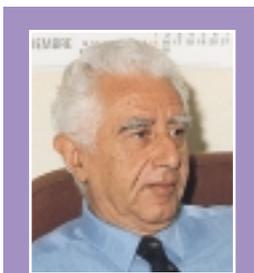
Pero, ¿ha habido alguna vez una verdadera época de paz en este mundo? Y la respuesta no tiene duda: el hombre ha vivido en guerra, o preparándose para la guerra, ya sea para atacar a otros o para defenderse, desde que existe en el planeta Tierra. Con estacas y piedras en la Prehistoria, con arcos y flechas en los albores de la Historia, siempre ha estado dispuesto a atacar al que consideraba más afortunado en medios de vida, o por el contrario se sentía obligado a preparar su defensa si precisamente era él el afortunado. Y ¡ay! si no lo

hacía, porque desde siempre las poblaciones sedentarias que disfrutaban de un cierto nivel de vida y de riquezas se hacían pacíficas y con frecuencia pagaron caro ese pacifismo viéndose dominadas y esclavizadas por vecinos menos afortunados y más agresivos. La consecuencia de todo ello es que, por desgracia, no se puede negar que el estado de guerra ha sido continuo a lo largo de la historia.

Sí, existieron épocas aparentemente en paz como la que se conoce como la Paz de Augusto al comienzo del Imperio Romano, pero era por el contraste con el periodo de guerras civiles que acabó con la República y desde luego por la protección que proporcionaban las legiones en las fronteras del Imperio, una protección que no dejaba de traducirse en combates casi continuos contra los bárbaros.

Pero no sólo ha bastado a los pueblos con mantener ejércitos que presuntamente les garantizaran esa protección o la victoria en caso de guerra; para ser efectivos esos ejércitos tenían que ser dotados de armas e instruidos en tácticas que permitieran en lo posible sorprender o al menos no ser sorprendidos por un posible enemigo.

La Historia está llena de ejemplos de cómo, por lo general, los pueblos que consiguieron sorprender a sus oponentes lograron frecuentemente el éxito. Tal sucedió en el Egipto de la XV dinastía, cuando fue sorprendido por los hiksos con sus carros tirados por caballos y sus



Emilio Dáneo Palacios
Coronel de Aviación

armas de bronce, y más tarde, al ser atacada la XVIII dinastía por los hititas con armas de hierro.

Y es importante reseñar estos hechos que se vienen repitiendo en todas las épocas y pueden ser de aplicación a los acontecimientos de nuestros días. Las victorias de Alejandro sobre los persas de Darío, fueron debidas tanto a su impulso vital y a su genio, como a la formación de combate, como un muro infranqueable, de la falange macedónica. Roma construyó su imperio con la eficacia de sus legiones. Pero, ojo, no sólo con sorpresa y eficacia, lo logró sobre todo con una voluntad de vencer que le permitía superar muchas veces una serie de batallas perdidas, como ocurrió con los galos, luego en las guerras púnicas, en Macedonia y en tantas otras ocasiones, fajándose sin renunciar a la lucha, hasta alcanzar la victoria final para integrar a su rival o simplemente borrarlo del mapa.

Luego, la Edad Media fue un continuo batallar, en el que si prescindimos de algún que otro monje, el resto de los varones en todos los pueblos eran guerreros por profesión o necesidad. Y no siempre se luchaba en la misma forma, a un predominio de la caballería pesada feudal sucedió la supremacía de la infantería, cuando los reyes de las nuevas naciones lograron dotarla con armas decisivas, como fueron los arcos galeses en la batalla de Crecy, al comienzo de la Guerra de los 100 Años, o la potencia de fuego de los arcabuces y cañones del Gran Capitán en Italia.

Luego, a lo largo de la Edad Moderna, en vez de ser la guerra "la continuación de la política por otros medios", según las tesis Clausewitz, la guerra fue la única política exterior misma, en una serie de guerras alternando con tratados, con la única excepción tal vez del reinado de nuestro Fernando VI, uno de los pocos pacifistas auténticos que registra la historia.

La Revolución Francesa, con su pueblo en armas, que luchaba por patriotismo, acabó con los ejércitos mercenarios en uso y propició los grandes éxitos de Napoleón hasta su tropiezo final en Waterloo, que inició el siglo XIX. Un siglo en el que España vivió en una continua guerra civil, que con algunos periodos de descanso, culminaron finalmente en la traca final de 1936.

Y entramos así en el siglo XX, en el que se han padecido tres guerras mundiales: la Guerra del 14, la Segunda Guerra Mundial y finalmente la Guerra Fría, que aunque no se le haya calificado así fue realmente un enfrentamiento entre las potencias occidentales, capitaneadas en la OTAN por los Estados Unidos de América, y las Orientales, agrupadas en el Pacto de Varsovia por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. No llegaron a en-



frentarse bélicamente porque la enorme potencia de las armas de que disponían no aseguraban la posibilidad de un vencedor superviviente. Aunque no faltaron enfrentamientos bélicos, que se produjeron en guerras periféricas como las de Corea, Vietnam, Afganistán y las africanas, en las que intervenía alguna de las dos potencias mundiales o apoyaba cada una a uno de los contendientes. Pero a nivel mundial hubo momentos muy tensos, como el de la crisis de los misiles en el año 1962, cuando Krushev pretendió instalar bases de misiles en Cuba, y acabó desistiendo ante la amenaza de guerra atómica formulada por el presidente Kennedy, y el bloqueo de la isla por mar y aire decretado por éste.

Esta Tercera Guerra Mundial, la Guerra Fría, se libró con armas y planes muy distintos a los de las anteriores. Fue una guerra política y económica, de espionaje, industrial y de propaganda. La URSS dominó la técnica de la propaganda, logrando demasiados adeptos en las poblaciones de los occidentales. Una muestra de ello fueron las numerosas manifestaciones que se produjeron en Inglaterra y Alemania cuando la OTAN decidió desplegar misiles Pershing en ambas naciones para contrarrestar los SS-20 desplegados por la URSS apuntando a Europa. En el plano industrial ambos adversarios compitieron en una costo-

sa carrera de armamentos, con la fabricación de sistemas de armas, cada vez más perfeccionadas, aeronáuticas, terrestres y navales, así como en la carrera espacial; pero el envite acabó por ser demasiado fuerte para la URSS que no fue capaz de enfrentar económicamente el órdago de Reagan con los misiles antimisiles de la "Guerra de las Galaxias" y ya en 1989 asistió inermemente, a la caída del Muro de Berlín para desintegrarse ella misma poco después.

Fue una guerra insólita, librada con métodos inusuales, pero guerra al fin y al cabo; en opinión de muchos, la Tercera Guerra Mundial. Superada, parecía que el mundo entraba en una época idílica de paz, pero unos años después, al volar los extremistas islámicos las torres gemelas y el edificio del Pentágono en Estados Unidos, se acabó la situación de paz. Este acto terrorista fue una auténtica declaración de guerra del mundo integrista islámico contra Occidente. Para muchos el inicio de una nueva guerra mundial, siguiendo el orden cronológico, la Cuarta Guerra Mundial, una guerra librada con otras armas y distintos métodos. Como dice el Rafael L. Bardají en ABC (17 de marzo de 2004) "nuevas formas y nuevas armas para doblegar al fuerte desde la situación del débil".



El pueblo norteamericano reaccionó uniéndose y reforzando a su Gobierno, que emprendió la guerra contra el terrorismo tomando la ofensiva contra los talibanes de Afganistán, nido y refugio de los dirigentes de Al-Qaeda y luego contra el Irak de Sadam Huseim. Una decisión que se puede discutir si es la más apropiada contra este nuevo enemigo, pero que algunos frutos van dando indudablemente.

Se podía considerar que el problema afectaba exclusivamente a los norteamericanos, como una consecuencia del conflicto de Oriente Medio, pero el ataque perpetrado contra Madrid ha hecho comprender que la amenaza se dirige contra Occidente como un todo y la prueba es que la mayoría de los principales países occidentales, Alemania, Canadá, Estados Unidos, Francia, Italia, etc. se han sentido afectados y han adoptado o redoblado medidas de vigilancia y protección en sus sistemas de comunicaciones y en sus centros neurálgicos.

Indudablemente se trata de una guerra especial librada con nuevas armas –la mochila bomba, el coche bomba, el avión bomba, el suicidio bomba, etc.- que son el equivalente moderno del arco galés de la Edad Media, de los arcabuces del Gran Capitán o de las ametralladoras en la Guerra del Catorce, y con un efecto sorpresa devastador. Las poblaciones sorprendidas por estos atentados ni siquiera son conscientes de que se encuentran en guerra; en la Segunda Guerra Mundial, los habitantes de las ciudades atacadas por los bombardeos sabían que existía esa amenaza, los aviones eran detectados por los sistemas de vigilancia y las gentes podían resguardarse en los refugios; pese a ello había dramáticas pérdidas y destrozos, naturalmente, pero lo asumían como un mal previsto, reforzando su disposición a la lucha. Ahora las víctimas que sobreviven a los atentados, asombrados de lo que se les ha



venido encima sólo pueden preguntarse: ¿Por qué? Y no saben encontrar respuesta.

El terrorismo hoy es un fenómeno muy extendido, los avances técnicos en armas y explosivos, y los medios para facilitar la fuga de los autores de los atentados han ayudado a su proliferación. Todos los países lo han padecido en mayor o menor grado y nosotros lo hemos experimentado sobradamente con ETA. Son muchos los grupos, con unas u otras denominaciones, que proliferan por el mundo, grupos más o menos conexonados entre sí y con el más peligroso de ellos Al-

Qaeda, el autor de los atentados de Estados Unidos, que ha realizado atentados indiscriminados con elevado número de víctimas en todos los continentes, preferentemente contra intereses occidentales y ahora, directamente responsables, al parecer, de la masacre de Madrid.

Este movimiento, Al-Qaeda, ha surgido del sentimiento de odio a la civilización occidental de unas masas musulmanas que despiertan a la historia después de cinco o seis siglos dormidas y que despiertan con la misma mentalidad medieval con que iniciaron su letargo, allá por los siglos XIV o XV.

Aprovecha Al-Qaeda la inmigración musulmana en los países occidentales, en los que se van asentando millones y millones de ellos, prácticamente imposibles de integrar, agrupándose como poblaciones aparte. Indudablemente estas masas musulmanas no son terroristas ni mucho menos, aunque a veces asome, en alguna de las muchas mezquitas que van proliferando en Europa, tal o cual imán con nostalgias de la guerra santa. El caso es que en el seno de estas multitudes musulmanas en continuo crecimiento se van diseminando por acá o por allá células de miembros de Al-Qaeda, células inactivas a la espera de la llamada de sus dirigentes, refugiados en las montañas de Pakistán y Afganistán o en los pozos de petróleo de Arabia o en los desiertos del Yemen o



en quien sabe qué emirato, para pasar a la acción. Unas acciones muy meditadas, que desencadenadas muy violentamente, tal vez con ayuda de organizaciones terroristas del país del que se trate, en el lugar y momento oportuno, pueden influir incluso en la política interior de los países que la sufren.

Esta situación indudablemente de guerra, afecta a todos los países occidentales, cualquiera de ellos puede ser víctima de un ataque como los de los Estados Unidos, Bali, Bagdad o Madrid, y muy especialmente España que ya se ha resentido de uno especialmente violento, que es frontera de Occidente y que no puede olvidar los sueños, de momento utópicos, expresados por Osama Ben Laden, de la reconquista por el Islam del histórico Al Andalus.

Es un nuevo tipo de guerra, que combina, como en otras ocasiones históricas, la utilización de nuevas armas con nuevas tácticas y con una invasión demográfica pacífica y ajena al terrorismo pero que se utiliza como cobertura. Ante esta amenaza los países occidentales tienen que hacerse conscientes de que se trata de una guerra, convencerse de que no se puede ceder ante el terrorismo, unirse entre sí sin prejuicios ni diferencias y aprestarse a estudiar e imaginar nuevos planes y armas apropiadas para enfrentarlas, estudiando muy sinceramente las causas que han creado esta situación para tratar de paliarlas y esforzándose decididamente en acabar con el conflicto de Oriente Medio, aunque la única solución fuese ocuparlo por cascos azules de la ONU para acabar con los enfrentamientos y represalias entre israelíes y palestinos, y poder establecer los dos estados, que han de convivir en paz y colaboración.

La dirección de estos planes de defensa en esta Cuarta Guerra Mundial, que puede ser extremadamente larga y costosa, puede recaer quizá en la ONU, aunque al afectar la amenaza especialmente a los países occidentales podría ser más efectiva desde la OTAN, creada por estas precisamente para su defensa, una OTAN que simplemente habría cambiado de enemigo y que tendría que adaptarse a la nueva situación.

De todo este recorrido más o menos histórico y de las consideraciones hechas sobre la nueva amenaza actual, queda la convicción de que, por desgracia, hasta ahora, la situación de guerra, guste o no guste, es consustancial al hombre y que si la paz parece difícilmente posible, desde luego es primordialmente deseable y que hay que esforzarse por conseguirla, aunque haya que sufrir para ello ■